

"Sombras que caminan", Carlos Cerda, novela. Editorial Alfaguara, 1999, primera edición, 294 páginas.

Esta novela se sustenta en un episodio real. La noche del 25 de noviembre de 1986 se presentó en el Teatro Municipal de Santiago la obra Egmont, de Beethoven, basada en la obra teatral de Goethe. De acuerdo a las indicaciones expresas dejadas por el compositor, cada vez que la pieza se interpretase, un actor debía recitar el monólogo de Egmont en el idioma nacional del país. El monólogo es un himno a la libertad, un grito contra la tiranía y la opresión. Las autoridades del Municipal santiaguino decidieron que resultaba contraproducente exaltar tales valores dadas las circunstancias políticas que vivía el país; se reemplazó entonces al actor chileno que debía decirlo, por un alemán que lo pronunció en el idioma original.

Ese fue el episodio real. A partir de él, Carlos Cerda edificó una ficción que plantea el drama de los actores y de los artistas en general, enfrentados a las limitaciones de la libertad que impone un régimen dictatorial. En este caso, el que gobernó Chile del 73 al 89. Aun cuando la novela está recorrida por recuerdos históricos que marcan los embates que ha sufrido el teatro en distintas culturas, desde la antigua Grecia hasta la China de Mao, pasando por Roma y el macarthismo en los Estados Unidos. Tales recuerdos, en la letra cursiva, rompen la narración lineal que re-

cibimos del propio protagonista, en primera persona.

Este protagonista es lógicamente un actor —Horacio Ortega— opositor al régimen militar. Ha sido prisionero en un campo de concentración, donde fue torturado, y aunque ya está libre, no encuentra trabajo y su vida se deshizo porque su mujer lo abandonó. Ella también es actriz, también es izquierdista y combatiente contra el régimen, pero tiene trabajo en teleseries, es conocida y gana el dinero que precisa para vivir bien. Ortega, en cambio, vegeta en tristes condiciones y busca amparo en el alcohol. Es un dísomano que satisface su sed crónica gracias a la comprensión de un antiguo mozo del restaurante Venezia, del barrio Bellavista.

A pesar de ir cuesta abajo, Horacio Ortega conserva su lucidez, su capacidad de sufrir y de amar. Y sufre porque ama a su mujer, Nora. Y ama el teatro y la libertad. Y no tiene nada de lo que ama, pero se esfuerza si no por alcanzarlo —porque son metas inalcanzables en el momento que vive—, al menos por brindarles protección y dedicarles sus esfuerzos y su vida. Quiere proteger a Nora porque la muerte a manos de agentes secretos de Marcelo, un actor con quien en el pasado formaron compañía, es un signo de que la vida de todos ellos peligra. Está claro que Nora no desea su cuidado. Sin embargo, ese

comentario de libros

aún justifica la vida destrozada de Ortega.

En tales circunstancias lo contratan para interpretar el monólogo de Egmont de la función de gala del 18 de septiembre en el Municipal. Y entonces el sol vuelve a brillar para él, y hasta es capaz de dejar la bebida porque recupera la actuación, mucho más estimulante que cualquier droga para su alma marchita.

Como se advierte, ésta es una novela de un personaje enfrentado a una situación límite. Y el autor maneja con mano maestra las emociones, los sueños, los miedos de su criatura. La maestría se aprecia en que el autor desaparece. No está Carlos Cerda en este relato. Horacio Ortega se adueña completamente de él. Y nos resulta tan convincente que tendemos a confundirnos, a pensar que lo que leemos es un trozo de vida real, porque sabemos que sí existió en el mundo de fuera del libro ese episodio de Egmont en el Municipal. Por eso resulta justificada la aclaración del autor antes de comenzar la historia, que dedica "a todos los actores, directores, dramaturgos y técnicos" que "sufrieron de alguna forma los horrores de la dictadura".

Lo significativo e importante en el libro es el drama humano del personaje, más allá del problema político que lo genera. Y allí reside su calidad

literaria. La novela es valiosa por su fuerza de convicción, porque nos muestra a un ser vivo que sufre y pena por sus fracasos, por sus ideales, por su felicidad perdida. Proyecta una profunda humanidad y está a muchos kilómetros del panfleto.

Hay un perfecto manejo de la tensión narrativa, que crece a medida que la acción se desarrolla, hasta llegar a un desenlace de intenso dramatismo, en el momento en que Horacio Ortega se contempla en los espejos del Municipal, que duplican su figura, en los instantes previos a ingresar a escena. Y esa doble figura en los espejos se duplica a su vez, porque surge otro Egmont, el alemán. Una estupenda plasticidad emana de la descripción de ese momento decisivo. Y lo que sigue resulta demoledor, hasta desembocar en un diálogo equivocado que nos va a entregar noticias de Nora, la esposa amada y distante.

En el breve epílogo, la voz del director de orquesta se apropia del relato para enterarnos, implícitamente, del final del personaje. Un final rotundo, del que se nos insinúa apenas el reflejo necesario para dejarnos encaminados en la meditación a que induce la novela, y que no se cierra con la última página del libro.

Es la contundencia del arte en manos de un gran creador. Y Carlos Cerda lo es, qué duda cabe. Una de las cumbres en la narrativa chilena de este momento.

Antonio Rojas Gómez

Sombras que caminan" [artículo] Antonio Rojas Gómez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas Gómez, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sombras que caminan" [artículo] Antonio Rojas Gómez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile